

"ninguno daban la vida, aunque más reprendidos y castigados de nosotros eran." (1)

Volvió Cortés al día siguiente (2) á la ciudad y los méxica le hicieron llamar con instancia; creyendo que era para tratar de la tan deseada y buscada paz se acercó á una albarrada en que le estaban esperando algunos nobles, quienes le dijeron: "Pues eres hijo del sol, que con tanta brevedad como es un día y una noche, da la vuelta al mundo, ¿por qué con la misma presteza no nos acabas de matar, y nos quitas de tantas penas; tenemos ya deseo de morir, para irnos al cielo con Huitzilopochtli, que nos espera para descansar." Cortés respondió dejásen las armas y se entregasen, á lo cual se mostraron tan reacios como de costumbre. (3)

Ocho días antes había cautivado Ixtlilxochitl á un señor muy principal, hermano de su madre, y aunque estaba muy herido, Cortés le propuso si quería ir á Cuauhtemoc para proponerle la paz; rehusó al principio, mas aceptando despues, fué entregado como embajador á los tenochca. Los de la ciudad le recibieron con acatamiento, (4) llevándole á la presencia del rey; mas apenas comenzó á proponer su encargo fué mandado callar, y entregado á los sacerdotes, le sacrificaron. Para contestar la embajada, los méxica salieron del recinto que ocupaban dando sus gritos de guerra y repitiendo no querían paz sino morir; cargaron muy rícidamente tirando varas, flechas y piedras, logrando matar un caballo con un dalle hecho de una espada española; mas su valor indomable no estaba ya en relación con sus fuerzas, y muchísimos perecieron aquel día. (5) El mismo Cortés nos informa que tanta piedad, dimanaba del temor de perder el botín,

Al día siguiente (6) tornó Cortés á la ciudad sin ánimo de combatir, pues esperaba que aquellos porfiados enemigos se le entregasen de un momento á otro. "E por les inclinar á ello, yo me lle-
"gué cabalgando cabe una albarrada suya que tenían bien fuerte,
"y llamé á ciertos principales que estaban detras, á los cuales ya

(1) Cartas de Relac. pág. 290—91.—Herrera, dec. III, lib. II, cap. VI.—Torquemada, lib. IV, cap. C.

(2) Jueves ocho de Agosto.

(3) Cartas de Relac. pág. 291—92.—Herrera, dec. III, lib. II, cap. VI.

(4) Viernes nueve de Agosto.

(5) Cartas de Relac. pág. 292—93.—Ixtlilxochitl, pág. 46.

(6) Sábado diez de Agosto.

"conocía y díjeles: "Que pues se vían tan perdidos y conocían, que
"si yo quisiese, en una hora no quedaría ninguno de ellos, que por
"qué no venía á me hablar, Guatemucin su señor, que yo le prome-
"tía de no hacerle ningun mal; y queriendo él y ellos venir de paz,
"que serían de mí muy bien recibidos y tratados." Y pasé con ellos
"otras razones, con que los provoqué á muchas lágrimas, y llorando
"me respondieron: "Que bien conocían su yerro y perdicion, y que
"ellos querían ir á hablar á su Señor, y me volverían presto con la
"respuesta y que no me fuese de allí." E ellos se fueron é volvie-
"ron dende á un rato, y dijéronme: "Que porque ya era tarde su
"Señor no había venido; pero que otro día á medio día vendría en
"todo caso á me hablar en la plaza del mercado," y así nos fuimos
"á nuestro real." (1) A la sazón los tenochca estaban ya tan flacos,
que muchos aliados se atrevían á quedarse en la ciudad. Para la ofrecida conferencia mandó aderezar D. Hernando, en el *mumuztli* en donde estuvo el tabuco, un estrado decente á la usanza de los azteca.

Aquellas propuestas de acomodamiento no eran verdaderas; hacíanlas los méxica para ganar tiempo, empleando sus artes mágicas á ver si podían conjurar su daño. Cuauhtemoc habló con los principales y les dijo: "Hagamos experiencia á ver si podemos escapar del peligro en que estamos: venga uno de los más valientes que hay entre nosotros, y vístase las armas y divisas que eran de mi padre Ahuitzotzin." Trajeron un valiente mancebo, llamado Tlapaltecatlopuchtzin, del barrio de Coatlan, á quien dijo el rey: "Veis aquí estas armas que se llaman Quetzaltecolotl que eran armas de mi padre Ahuitzotzin; vístelas y pelea con ellas y matarás algunos, vean estas armas nuestros enemigos podrá ser que se espanten en verlas." Vistióse las armas y parecía cosa espantosa; diéronle cuatro capitanes que le precedieran, dos á cada parte, teniendo por cierto que al verle los enemigos se pondrían á huir; armáronle tambien con el arco y la saeta con casquillo de pedernal, perteneciente á Huitzilopochtli, los cuales guardaban por reliquias, teniendo fe en que cuando saliesen no podían ser vencidos. Un mexicatl principal, nombrado Cihuacoatlacotzin dió entonces voces diciendo: "¡Oh méxica! Oh Tlatilulca! El fundamento y fortaleza de

(1) Cartas de Relac. pág. 293.

los méxica es puesta en Huitzilopochtli, el cual arrojaba entre sus enemigos su saeta que se llama Xiuchcoatl y Mamalhuaztli; la misma flecha llevais ahora, que es agüero de todos nosotros; mirad que la endereceis contra vuestros enemigos para que haga tiro y no se pierda en balde, y si por ventura con ella matárades ó cautivárades á alguno, tenemos certidumbre y pronóstico que no nos perderemos de esta vez, sino que quiere nuestro señor ayudarnos." El Quetzaltecolotl subióse á una azotea; los contrarios pararon á mirarle, y descubriendo que era hombre le comenzaron á combatir, poniéndole en huida. Tornó despues á pelear haciendo retraer á los indios; subióse á un lugar en que los tlaxcalteca tenían quetzalli y cosas robadas, tomólas y se precipitó á lo bajo sin hacerse daño; entre él y los cuatro capitanes tomaron tres cautivos indios, retirándose en seguida á sus ranchos. (1)

Al siguiente día (2) vino D. Hernando de su real al estrado que tenía dispuesto en el mercado, y de ahí mandó avisar á Cuauhtemoc que le esperaba. Presentáronse á poco cinco principales diciendo de parte de su rey, le perdonase no viniese porque tenía temor de parecer ante Malinche y además estaba enfermo; que viese lo que mandaba que para esto venían ellos, dióseles de comer y beber, y cuando concluyeron Cortés les dijo, asegurasen á su señor no se le haría mal ninguno, ni se le detendría; pero que su presencia era del todo necesaria para entrar en concierto. Despidióseles entregándoles algunos víveres como regalo para su rey. "E dende á dos horas volvieron, y trajéronme unas mantas de algodón buenas, de las que ellos usan; y dijéronme, que en ninguna manera Guatemucín su señor vendría ni quería venir, y era excusado hablar en ello." Insistió Cortés en rogar viniese en persona el rey, á lo cual los embajadores contestaron vendrían al día siguiente con la respuesta. D. Hernando se retiró con su gente al real. (3)

Aquel día, hácia la media noche llovía muy menudo; de impro-

(1) Sahagun, lib. XII, cap. XXXVIII de la primera edicion. Corresponde al capítulo XXXIX de la segunda en donde se lee: "No les aprovechó nada de esto, porque de ahí á tres días se rindieron. "Esta última indicacion nos autoriza para colocar el suceso en el diez de Agosto.—Torquemada, lib. IV, cap. C.

(2) Domingo once de Agosto.

(3) Cartas de Relac. pág. 294—95.—Herrera, déc. III, lib. II, cap. VII.—Torquemada, lib. IV, cap. CI.

viso vieron los méxica un torbellino de fuego color de sangre, que arrojaba centellas, chispas y brasas, y venía remolinando, respendando y estallando: saliendo hácia Tepeyacac, se acercó al sitio de Coyonacazco á que estaban reducidos, dió la vuelta al cerco y dirijiéndose hácia el centro del lago desapareció ahí. Los azorados tenochca no lanzaron gritos, como era de costumbre á la vista de estos fenómenos, por temor de sus enemigos; pero tuvieron por segura que aquel era presagio de su destruccion y acabamiento. (1) Debió de ser algun hecho natural, como el de un bólido, por ejemplo, del cual tomaron pié para forjar el prodigio.

Muy de mañana al día siguiente, (2) presentáronse en el real los cinco mensajeros méxica, diciendo que su señor se dirijía á la plaza del mercado, y rogaba no fuesen los aliados porque no quería estuviesen presentes al trato. Cortés dió orden á los amigos para quedarse en los suburbios, mientras él cabalgando, se dirigió con los suyos al lugar señalado; mas aunque esperó tres ó cuatro horas, el rey no pareció. Mirando el general aquella burla, desengañado de que no había tales paces, hizo llamar inmediatamente á los aliados, á la hueste entera de Alvarado, y mandó á Gonzalo de Sandoval se pusiese al frente de los bergantines á fin de acometer por la parte del agua, lo cual debería practicar cuando viera embestir por tierra: así los méxica quedaban completamente cercados. Dada la señal, castellanos y aliados se precipitaron sobre el reducido espacio que les faltaba por vencer; no encontraban donde poner el pié, pues el suelo estaba literalmente cubierto de cadáveres y despojos sangrientos y hediondos, que hacían insoportable el lugar. Los debilitados méxica carecían en lo absoluto de varas y piedras, no obstante lo cual recibieron á sus contrarios con el macuahuitl y la rodela, resistiendo con brío, aunque no con fuerzas. Acometidas las casas del agua por los bergantines, derrocadas y destruidas, hombres, mujeres y niños caían al lago, ahogándose ó lanzando gritos de apuro y agonía: en la tierra firme se hacinaban los recientes muertos sobre los antiguos, y los gritos de guerra, los alaridos de los vencedores, el lloro y la grito de las mujeres y de los niños, llenaban de angustia y de azoro el corazón. No era una batalla, sino un degüello.

(1) Sahagun, cap. XXXIX de la primera edicion; contando con pocos variantes en el cap. XL de la segunda edic.

(2) Lunes doce de Agosto.

Más de cuarenta mil ánimas fueron muertas ó tomadas prisioneras. (1)

“É ya nosotros teníamos más que hacer en estorbar á nuestros amigos, que no matasen, ni hiciesen tanta crueldad, que no en pelear con los indios: la cual crueldad nunca en generacion tan rica se vió, ni tan fuera de toda órden de naturaleza, como en los naturales de estas partes: nuestros amigos hubieron aquel día muy gran despojo, el cual en ninguna manera les podíamos resistir, porque nosotros éramos obra de novecientos españoles, y ellos más de ciento y cincuenta mil hombres: y ningun recaudo ni diligencia bastaba para los estorbar que no robasen, aunque de nuestra parte se hacía todo lo posible. Y una de las cosas porque los días antes yo rehusaba de no venir en tanta rotura con los de la ciudad, era porque tomándolos por fuerza, habían de echar lo que tuviesen en el agua, y ya que no lo hiciesen, nuestros amigos habían de robar todo lo más que hallasen; y á esta causa temía que se habría para V. M. poca parte de la mucha riqueza que en esta ciudad había, y segun la que yo entonces para V. A. tenía; y por que ya era tarde y no podíamos sufrir el mal olor de los muertos, que había de muchos días por aquellas calles, que era la cosa del mundo más pestilencial, nos fuimos á nuestros reales.” (2)

Tomáronse las determinaciones necesarias para el asalto al siguiente día. Debían estar listas las tropas de los tres campamentos; traeríanse tres cañones grandes á fin de ver si por su medio con el fuego desde lejos, se lograba la rendición de los sitiados; Sandoval con los bergantines ocuparía una laguneta que había entre las casas, en la cual estaban recojidas las canoas de la ciudad: sabíase que Cuauhtemoc, no pudiendo estar en tierra, vivía en una de aquellas canoas, por lo cual se encargaba suma vigilancia á fin de que no escapase por el lago. (3)

(1) Cartas de Relac. pág. 295—96.—Herrera, déc. III, lib. II, cap. VII.—Torquemada libro IV, cap. CI.

(2) Cartas de Relac. pág. 296.

(3) Este día, doce de Agosto, le cuenta Ixtlilxochitl, pág. 47, haciéndole concurrir con el día *macuilli tochtli* (cinco conejos) del octavo mes *Micuilhuitzintli*, fecha que corresponde al cómputo texcocano. En el méxica corresponde al mes Tlaxochimaco, día *ce cohuatli* (una culebra), teniendo por adompañado el simbolo *Atl*, agua. Le fijaron con tanta exactitud, sin duda para marcar la fecha en que los defensores de la ciudad fueron destruidos.

Siendo ya de día, mártes trece de Agosto, aperebida la gente, puestos en batería los tres cañones gruesos, dispuso D. Hernando que las tropas de tierra apretaran de manera que los indios fueran empujados hácia la laguneta en que estaban las canoas, mientras Sandoval con los bergantines acometería los acalli, teniendo mucha cuenta con no dejar escapar á Cuauhtemoc: la señal de asalto sería disparar una escopeta. Para presenciarse y dirigir las operaciones, el general subió á la azotea de una casa cercana al lugar en donde estaban las canoas enemigas; desde ahí vió á algunos de los principales de la ciudad á quienes conocía y les dijo: “Que cuál era la causa de que su señor no quisiese venir? Que le llamasen y viniese sin temor, pues estando ya en tanto extremo, no diese causa á perderse del todo.” Dos principales fueron á llamar al rey, tornando poco despues con el Cihuacoatl ó jefe principal de la guerra; aunque recibido por Cortés con mucho agasajo, terminó por decirle: “En ninguna manera vendrá mi señor ante ti, pues antes prefiere morir; me pesa mucho de esto; mas haz lo que tú quieras.” “Vuélvete á los tuyos, respondióle enojado el general, y tú y los tuyos aparéjense á morir, porque os voy á combatir y á acabar de matar.” (1) El Cihuacoatl se fué.

En estas pláticas habían pasado unas cinco horas. En aquel tiempo, que debió ser de prolongada agonía, muchos hombres de los más débiles, mujeres y niños, se saltan hacia el campo español, empujándose y oprimiéndose de manera que se estrujaban ó caían al agua ahogándose; otros procuraban salvarse á nado no logrando mas de anegarse, mientras otros procuraban esconderse entre los carrizales. D. Hernando dió sus órdenes á los aliados para que no matasen á aquellos infelices que se entregaban, y aún puso españoles por las calles para evitar el daño; mas con todo esto no pudo evitarse que fueran robadas y muertas más de quince mil personas. En tanto que los débiles huían, los nobles, los guerreros y los sacerdotes permanecían impasibles, ya en las calles y azoteas, ya en los acalli, sobre el reducido espacio que les quedaba, flacos y hambrientos aunque determinados, sobre los charcos de sangre de las pasadas luchas, sobre los montones de los insepultos y hediondos cadáveres, que sólo á la peste sucumbieron unos cincuenta mil.

(1) Cartas de Relac. pág. 298.

Acercábase la tarde; la artillería fué disparada repetidas veces con daño de los méxica; mas no produciendo el deseado efecto, se escuchó el escopetazo, señal de acometer. Castellanos y aliados se precipitaron sobre los tenochca, quienes fueron fácilmente degollados, arrojando á los que escapaban hacia la laguneta; Sandoval con los bergantines rompió por entre las canoas, trastornándolas y rompiéndolas, estando tan desmayados los guerreros que ya no podían pelear. Mientras proseguía la matanza, algunos acalli se deslizaban rápidamente sobre las aguas del lago en dirección de tierra; Sandoval dió la orden de perseguirlos á Garcí Holguín, capitán del bergantín más velero. Holguín hizo tender las velas en dirección de los fugitivos, los alcanzó; por el aderezo, toldo y forma del acalli conoció que ahí iba Cuauhtemoc; dió voces é hizo señas para que parasen, mas los remeros seguían remando vigorosamente; entonces asomaron por la proa de la fusta los ballesteros y arcabuceros; paró el acalli, púsose en pié Cuauhtemoc, y alzando el brazo dijo: "No me tiren, que yo soy el rey de México y desta tierra, y lo que te ruego es, que no me llegues á mi mujer ni á mis hijos, ni á ninguna mujer, ni á ninguna cosa de lo que aquí traigo, sino que me tomes á mí y me llesves á Malinche." (1) Iba Cuauhtemoc con Tetelepanquetzaltzin y otros veinte principales, á todos los cuales trasladó Holguín á su fusta, haciéndoles sentar sobre unos petates y mantas, dándoles de comer de lo que llevaba: al acalli en que quedaron las mujeres con la hacienda no tocó.

Por el camino se emparejó al bergantín el montado por Sandoval y éste exigió le fuese entregado el real prisionero, á lo que resistió Holguín diciendo que él le había cautivado; Sandoval reconoció ser así la verdad, mas que siendo él el jefe de la escuadrilla le tocaba recoger la presa. Siguiérase un altercado, si informado Cortés por otro bergantín cuyo capitán se adelantó á pedir albricias, no hubie-

(1) Bernal Díaz cap. CLVI.—Acercá del lugar en donde fué hecho prisionero Cuauhtemoc, encontramos lo siguiente en Humboldt, Essai politique, lib. III, cap. VIII.—"Ensenáse á los extranjeros el puente del Clérigo, cerca de la plaza mayor de Tlatelolco, como el memorable sitio en que fué cautivado el último rey azteca Cuauhtemoc, sobrino de su predecesor el rey Cuitlahuatzin y yerno de Motéuzuma II. De las cuidadosas investigaciones que hice con el padre Pichardo resulta que el jóven rey cayó en manos de Garcí Holguín, en un gran estanque que en otro tiempo había entre la Garita de Peralvillo, la plaza de Santiago Tlatelolco y el puente de Amaxac."—Actualmente el lugar está convertido en tierra firme.

ra despachado á los capitanes Luis Marin y Francisco de Lugo, para que sin más debates le trajesen al prisionero.

La azotea en la cual estaba D. Hernando, era la de la casa de un principal llamado Aztaoatzin, en el barrio de Amaxac; (1) hizo la aderezar con mantas y esteras lo mejor que de pronto se pudo, mandando prevenir alguna comida. Llegaron á poco Sandoval y Holguín, conduciendo á Cuauhtemoc, á Tetelepanquetzaltzin, señor de Tlacopan, á Quetzaltzin y otros caballeros. Recibíolos Cortés con gran agasajo, abrazó al rey con muestras de mucho amor, ofreciendo á todos asiento. Cuauhtemoc, acercándose á Cortés le dijo: "Señor Malinche, he cumplido con lo que estaba obligado en defensa de mi ciudad y vasallos, y no puedo más; y pues vengo por fuerza y preso ante tu persona y poder, has de mí lo que plazca;" y poniendo mano en el puñal que D. Hernando llevaba en el cinturón añadió: "Toma luego este puñal y márame con él." Saltáronle las lágrimas al decir esto, y los guerreros y magnates también lloraban sollozando. El general, sirviéndose de la lengua de Marina, le consoló, alabó el denuedo con que había defendido la ciudad, prometiéndole por último, seguiría en el mando de México y sus provincias como antes. Preguntándole entonces por su esposa, Cuauhtemoc contestó haberla dejado en el acalli al cuidado de los blancos; mandada traer, vino la reina Tecuichpo, jóven hermosa, á penas llegada á la edad nubil, hija de Motecuhzoma; á ella y á las damas que la acompañaban, recibió Cortés con amable cortesía, haciendo servir á todos los prisioneros algun refrigerio, del cual en verdad habían menester. (2) Luego que los méxica y tlatelolca supieron que su señor estaba preso, depusieron las armas, se rindieron y cesó la guerra.

Acercábase la noche, prometiendo tempestad. Cortés encargó á Sandoval condujese á los reales cautivos; Cuauhtemoc, Huanitzin y Acamapich, iban sueltos, mas Huanitzin, Motelchiuhtzin y Oquiztzin fueron con fuertes ligaduras. (3) Alvarado y los demas capitanes se retiraron á sus respectivos cuarteles. D. Hernando reunió á su gente, y "después de haber recogido el despojo que se pudo ha-

(1) Sahagun, lib. XII, cap. XL.

(2) Cartas de Relac. págs. 299—300.—Bernal Díaz, cap. CLVI.

(3) Anales tepaneca. N. 6. MS.